

ENSAYOS

Las perspectivas de la Cuenca del Pacífico para México

Sergio González Gálvez*

Introducción

Al echar un vistazo a la última década, resulta insólito el vuelco que han dado las relaciones internacionales. Por una parte se han relajado las tensiones políticas entre los países y por otra se han endurecido las relaciones económicas. Los otrora inamovibles bloques político-ideológico-estratégicos están cediendo paso a la formación de bloques de intercambio comercial cerrado en Europa, Norteamérica, el Sudeste Asiático y muy probablemente la Cuenca del Pacífico.

En esta última región, la sucesión de eventos ilustra claramente el cambio aludido. El gobierno del presidente Bush habla ahora sin tapujos sobre la conveniencia de ayudar al éxito de la política de *perestroika* lanzada por el líder soviético Mijail Gorbachov, a la vez que castiga a sus aliados de Asia Oriental insertándolos en la "súper lista 301" por competencia desleal. Vietnamitas y camboyanos han efectuado encuentros con representantes de los gobiernos agrupados en la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ANSEA) para establecer un *modus vivendi* en el Sudeste Asiático y acelerar el intercambio económico. Gorbachov visitó Beijing en mayo de 1989 y sentó las bases de la reconciliación chino-soviética, mientras que Corea del Sur se abre cada vez más al intercambio con chinos y soviéticos.

Aunque el desenlace de todos estos eventos es impredecible, sí es posible considerar que el cambio hacia la modernidad en la región del Pacífico es un fenómeno cuyos efectos pueden repercutir en todo el mundo. Más aún, en la Cuenca del Pacífico se están aminorando las posibilidades de que estalle un cierto tipo de conflicto, pero se está gestando la posibilidad de que surja otro, sobre todo al no encontrar una fórmula de cooperación que atempere los antagonismos en la esfera económica.

En este artículo se expondrán primeramente las razones que llevan a la Cuenca del Pacífico a constituirse en foco cardinal para la estabilidad económica mundial. En segundo lugar se llevará a cabo una revisión de los esfuerzos por concertar un órgano de cooperación e intercambio regional y, finalmente, se hará referencia a la importancia que tiene la Cuenca del Pacífico para la política exterior de México, así como la importancia que a juicio del suscrito tiene el desenvolvimiento de México para la mencionada región, procurando, desde luego, no incurrir en las exaltaciones ilusorias que algunos observadores han magnificado sobre este tema.

El Pacífico en la economía mundial

Los sistemas creados por el GATT y el FMI han enmarcado el desarrollo económico de la posguerra y dado lugar a un afianzamiento de la interdependencia entre las naciones, entendiéndose por esto una vinculación más orgánica de las economías. La interdependencia a su vez se ha fortalecido en años recientes por la rápida globalización del comercio, las comunicaciones, los medios de transporte, las redes financieras y las actividades de las empresas multinacionales. Efectivamente, la interdependencia se ha profundizado, pero no siempre ha conllevado el principio de equidad, de ahí que algunos estudiosos la califiquen de compleja, asimétrica e inclusive de irrealizable en términos prácticos.

A mayor interdependencia mayores serán los contactos entre las diversas unidades económicas y, por ende, mayores las posibilidades de que estallen conflictos de interés. La dinámica de cambios que ocurren en la economía mundial es tan acelerada que a veces los hechos rebasan las expectativas en torno a las reuniones cumbre de las siete naciones más industrializadas de la tierra y las instituciones

* Con la colaboración de Víctor Kerber.

económicas mundiales difícilmente se adaptan a situaciones nuevas.

El mercado estadounidense sigue siendo, a no dudar, el polo de consumo más importante del orbe, pero la posición de la economía estadounidense como rectora de los procesos de intercambio ha sufrido mella con la aparición de nuevos polos de concentración de la riqueza, uno de los cuales, Japón, despunta entre los demás. Los desequilibrios económicos que se han producido entre Japón y Estados Unidos constituyen quizá el elemento de tensión más preocupante de las relaciones económicas entre las naciones de la Cuenca del Pacífico.

El déficit comercial de Estados Unidos en 1987 fue de 160.3 mil millones de dólares, mismo que logró reducirse a 126.5 mil millones al año siguiente. De este déficit, más del 40% correspondió a Japón con 52.6 mil millones de dólares en el segundo año.

Hay un debate intenso sobre las consecuencias que acarrea el desequilibrio comercial nipón-estadounidense y sobre los medios para solucionarlo, pero en todo caso, importa señalar que a consecuencia de él no avanzan los esquemas de cooperación económica transpacífica y se pone en peligro la estabilidad del sistema económico en su conjunto.

Estados Unidos se ha empeñado en presionar a Japón para que abra más sus mercados a las importaciones de productos estadounidenses y destine mayores montos al equipo militar; ello les ayudaría a reducir sus propios gastos en la defensa de Japón y obligaría a las industrias japonesas a destinar buena parte de sus recursos al rearme. Del contorno asiático, así como del interior de Japón, sin embargo, se ha producido una firme oposición al rearme, y, asimismo, el costo político de liberar los mercados de cárnicos, cítricos y arroz, se ha visto reflejado en la disminución de apoyo del público al partido mayoritario en el poder.

No obstante, existen en Japón planes para reformar estructuralmente la sociedad y la economía, con miras a estimular la demanda interna, redistribuir la propiedad del suelo e internacionalizar al público japonés. El Reporte Maekawa de 1986 constituye un proyecto concreto de modernización en este sentido.

Muchos observadores japoneses consideran que las economías de Japón y Estados Unidos se encuentran tan intrínsecamente ligadas que

se requiere de compensar los esfuerzos de reforma en Japón con esfuerzos similares del lado norteamericano. La crítica más incisiva de parte de Japón consiste en que Estados Unidos parece no querer hacer nada al respecto, dejando que los déficit comercial y presupuestario aumenten irremediabilmente.

En años recientes, las inversiones japonesas también han aumentado en Estados Unidos a consecuencia del excedente de divisas generadas en parte por el comercio y en parte por la sobrevaluación del yen, y se han sumado a las inquietudes prevalecientes en la opinión pública estadounidense hipersensible a la idea de ver su territorio "absorbido" por Japón.

Toda esta ola de tensión nipo-norteamericana ha repercutido en los procesos de cooperación económica de la Cuenca del Pacífico, produciendo estancamientos, por un lado, en foros tales como la Conferencia para la Cooperación Económica del Pacífico (CCEP), y acelerando la urgencia de algunos círculos empeñados en encontrar fórmulas de avenimiento.

Pero la estabilidad económica de la Cuenca del Pacífico no está cimentada únicamente en la relación Japón-Estados Unidos, a la que muchos consideran como la relación económica más importante del mundo. Los países de Asia Oriental en su mayoría han alcanzado niveles de crecimiento de entre 5 y 10% como resultado de sus políticas de industrialización enfocadas hacia la exportación, y con ello han incurrido en las interdependencias del Pacífico como factores que las vuelven aún más complejas.

En efecto, las exportaciones combinadas de los Países de Reciente Industrialización (NIC, por sus siglas en inglés), la ANSEA y China conjuntamente abarcaron el 11.2% del total mundial en 1987, cifra superior al 10.4% correspondiente a Estados Unidos y al 9.6% de Japón. En materia de importaciones, sin embargo, la brecha es enorme. La combinación de Japón, NIC, ANSEA y China sumó 16.3% del total mundial, cifra menor a la participación de Estados Unidos que fue de 17.3%. (Prácticamente todas las economías de Asia Oriental cuentan con Estados Unidos como su principal mercado y la mayoría de ellas en términos favorables.)

La necesidad de instituir un sistema de cooperación económica en la Cuenca del Pacífico, por lo tanto, cobra tintes de premura a la

luz de los esquemas de interdependencia arriba descritos. Aunque la CCEP constituye el marco de coordinación más acabado para alcanzar este objetivo, aún dista de consolidarse como un acuerdo similar al proyectado por los países de la Comunidad Económica Europea para 1992, o al llevado a cabo entre Estados Unidos y Canadá.

Los esfuerzos por crear un órgano de cooperación en el Pacífico

El propósito de instituir un sistema de cooperación económica en la Cuenca del Pacífico está a punto de cumplir 25 años desde que el profesor Koyoshi Kojima, de la Universidad de Hitotsubashi de Japón, propuso en 1965 la creación de una Asociación de Libre Comercio del Pacífico (PAFTA). Kojima planteó, básicamente, eliminar las tarifas arancelarias entre los cinco países más desarrollados del Pacífico: Estados Unidos, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón.

Por diferencias de opinión sobre la operatividad y ventajas de la propuesta, PAFTA no se materializó. Se criticaba, sobre todo, la desvinculación de PAFTA con los procesos de desarrollo de los países más atrasados del Pacífico, muchos de los cuales requerían de trato preferencial para superar las dificultades que suponían la descolonización. Es probable que también intervinieran criterios político-estratégicos propios de la guerra fría de los años sesenta, como el temor de dejar a los países recién descolonizados a expensas de China y de la Unión Soviética, según se desprendía de las experiencias de Corea e Indochina.

Kojima planteó entonces una nueva propuesta para la Cuenca del Pacífico en forma de una Organización del Pacífico para el Comercio y el Desarrollo (OPTAD), que además de contener a las cinco naciones de PAFTA, incorporaba a los países de la ANSEA, a las naciones isleñas de Oceanía, a algunas economías de Asia Oriental tales como Corea del Sur, Taiwán y Hong Kong, y a los países latinoamericanos que bordean el Pacífico. OPTAD tampoco prosperó debido a que sembraba desconfianza entre los países en desarrollo que la veían como una forma velada de sujeción neocolonial y altamente desventajosa para sus economías. OPTAD, sin embargo,

tenía al menos la virtud de ser una propuesta mucho más integral que PAFTA.

En la primera mitad de la década de los sesenta eran perfectamente comprensibles las críticas a OPTAD en medio de un clamor generalizado de nacionalismo tercermundista que alcanzó su punto culminante en 1973, con el embargo de petróleo árabe a algunos países industrializados y el ascenso vertiginoso de los precios del crudo. Sin duda, Japón, con importaciones de petróleo de hasta 99%, era una de las víctimas más indefensas contra esta corriente. Su problema más grave era el aseguramiento de suministros de crudo para su industria, de ahí que comenzara a aplicar políticas de diversificación y racionamiento energético, y que las empresas japonesas emprendieran una reestructuración general de sus bases industriales trasladando al exterior las plantas poco competitivas, intensivas en mano de obra y altamente consumidoras de energía y recursos naturales.

Tomando como base un estudio prospectivo del Instituto de Investigaciones Nomura de 1978, al año siguiente el primer ministro Masayoshi Ohira ordenó como uno de sus primeros actos, la creación de tres grupos de estudio que ayudarían a dar contenido y proyección al papel de Japón en el orden mundial: uno encargado de analizar las relaciones económicas de Japón con el resto de los países; otro encargado de examinar el alcance del concepto de "seguridad nacional integral", y otro más, encargado de estudiar la viabilidad de un esquema de cooperación en la Cuenca del Pacífico. A la cabeza de este último quedó el doctor Saburo Okita, a quien más tarde Ohira nombraría como titular del Ministerio de Relaciones Exteriores.

A principios de 1980, Ohira emprendió una gira por algunos países del Pacífico con el propósito de concretar la idea de crear un órgano de cooperación en la Cuenca del Pacífico. El propósito de Ohira encontró apoyo en el primer ministro australiano Malcolm Fraser y por primera vez en un comunicado conjunto se hizo referencia al propósito de crear una "comunidad" del Pacífico. La Universidad Nacional Australiana, a su vez, se comprometió a efectuar un seminario no gubernamental que proseguiría con el análisis de un esquema de cooperación para la región del Pacífico. El Seminario de Canberra tomó como base la propuesta optadista y participaron en él comités

tripartitas de cada uno de los países enumerados por Kojima, excepto los latinoamericanos.

El desbordado interés por concretar una comunidad del Pacífico se disipó poco después del Seminario de Canberra, sobre todo porque había un escepticismo generalizado acerca de la existencia misma de un espíritu de "comunidad" entre países tan heterogéneos como los que hay en la región. La ANSEA temía que la creación de otra entidad acabara por menguar la fuerza que había adquirido como asociación independiente, y se sospechaba que detrás de los designios japoneses se ocultara una versión moderna de la Gran Esfera de Coprosperidad Asiática que sirvió para justificar la expansión militar de Japón en Asia.

La Unión Soviética, por otra parte, acusó a quienes fomentaban la creación de un órgano de cooperación económica en el Pacífico de estar creando, veladamente, una alianza anti-soviética y por lo tanto reforzó sus bases militares en el noreste y el sudeste de Asia. Estados Unidos, una vez que Ronald Reagan asumió la presidencia, prefirió reforzar su alianza con los países de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) que ocuparse del Pacífico asiático, donde las experiencias de incursión estadounidense habían sido más descalabradas que exitosas. La República Popular de China prefería más echar a andar un programa de modernización estructural interna, que pensar en la formación de esquemas multilaterales en el Pacífico.

De este modo, la iniciativa ohirista se congeló. En buena medida contribuyó a ello la súbita desaparición de Masayoshi Ohira en junio de 1980 en medio de un revuelo político interno. Zenko Suzuki, el sucesor de Ohira, trató de mantener vivo el concepto de cooperación económica en el Pacífico por compromiso con su mentor y amigo, pero lo subordinó al interés prioritario de lograr un mejoramiento en las relaciones con Estados Unidos, país que ya resentía el peso de la balanza comercial deficitaria y la negativa japonesa de rearmarse. Suzuki acordó a este respecto otorgar una concesión al gobierno estadounidense con el compromiso de velar por la seguridad en un radio de mil millas desde las costas del archipiélago japonés, hecho que causó aún más oposición entre sus vecinos.

En junio de 1982, a través de un discurso en el East-West Center de Honolulu, Suzuki trató de demostrar la voluntad de su gobierno de no

romper la alianza con Estados Unidos y de aumentar los compromisos de Japón con el diseño de esquemas para la Cuenca del Pacífico. Enumeró, en tal ocasión, cinco principios de acción en el Pacífico; a saber, que el Pacífico debía ser un océano de paz, de libertad, de diversidad, de beneficios mutuos y abierto.

Paralelamente en Bangkok se efectuaba una segunda reunión para continuar los trabajos iniciados en Canberra. El Seminario pasaba a constituirse en Conferencia para la Cooperación Económica en el Pacífico manteniendo una estructura tripartita con representantes de los sectores privado, académico y gubernamental, a título individual de los países miembros. Después de esta reunión, se llevaron a cabo cuatro más en Bali (1983), Seúl (1985), Vancouver (1986) y Osaka (1988). En esta última, era evidente que los escepticismos de antaño estaban superados en muy buena medida. Los países de la ANSEA participaban sin que la asociación hubiese sufrido quebranto en sus estructuras, Estados Unidos había recobrado interés en la Cuenca del Pacífico, y China participaba como miembro de pleno derecho, incluso al lado de Taiwán. Insólitamente, la Unión Soviética solicitaba su incorporación a la Conferencia como miembro y los países latinoamericanos, entre ellos México, participaban como observadores.

Si bien se superaron muchos de los restaños anteriores, surgieron en el seno de la CCEP problemas nuevos que, de no resolverse, podrían sumergirla en el estancamiento. Entre otros, algunos empresarios se rehúsan a permitir que los gobiernos intervengan porque suponen que se crearía una institución multilateral más que eventualmente se burocratizaría. Persisten, por otro lado, los debates acerca de qué tanto puede influir la CCEP en la concertación de esquemas de cooperación económica a nivel regional si aún no se compromete a los gobiernos y la heterogeneidad sigue siendo un obstáculo. Finalmente hay quienes piensan que a la luz de todas estas indefiniciones, y por motivos políticos más que económicos, no conviene otorgar la membresía a los países latinoamericanos o a la Unión Soviética.

Perspectivas para México

El gobierno del presidente Carlos Salinas de Gortari ha dado evidentes muestras de in-

terés en favor de un mayor cultivo de relaciones con los países de la Cuenca del Pacífico. Durante su visita a Tokio en julio de 1987, siendo aún secretario de Programación y Presupuesto, el presidente Salinas declaró ante un grupo de distinguidos miembros de los sectores público y privado de Japón, que lo que pasara en el Pacífico le afectaba a México y que por ello México debía de insertarse en la modernización por la que atravesaba la mencionada región. Enumeró a continuación cuatro cambios estructurales válidos para todo aquel que quiera "colocarse en la punta del concierto de naciones": 1) beneficiarse de la revolución tecnológica mundial; 2) aumentar la participación de las exportaciones en los mercados mundiales; 3) atacar el desempleo, y 4) lograr la descentralización.

Estos cuatro puntos han sido retomados en el Plan Nacional de Desarrollo (PND) 1989-1994, donde la Cuenca del Pacífico es adecuadamente considerada como *una* de las zonas geográficas que requieren de una mayor presencia diplomática, económica y cultural por parte de México, mas no como *la* única respuesta a nuestros problemas. Es importante tener en cuenta esto porque algunos observadores tienden a considerar que la Cuenca del Pacífico es una panacea redentora a corto plazo.

El enfoque que debe dársele a la Cuenca del Pacífico debe partir de que ésta es simplemente una zona de "oportunidades crecientes" como acertadamente la caracteriza el PND, y debe quedar inscrita dentro de una estrategia de diversificación multidireccional cuyas bases están contenidas en el propio Plan. La racionalidad que opera detrás de esta condición es que México se ubica en una posición privilegiada en el mundo a la que es necesario sacar un mayor provecho mediante el otorgamiento de una mayor y más equilibrada atención.

La posición de México frente a los designios que se manejan en la Cuenca del Pacífico sostiene que la mejor fórmula para integrarse al desarrollo de esta zona debiera tomar como base la fórmula de OPTAD concebida por el profesor Kojima y desarrollada posteriormente por el grupo de trabajo encabezado por Saburo Okita. Lamentablemente, el desarrollo reciente de la CCEP se ha inclinado hacia un rumbo más limitado, a la manera de un club sectario. Esto mismo lo advirtió el ex primer ministro

Yasuhiro Nakasone durante su alocución en la Conferencia de Osaka. En ese entonces pidió Nakasone que se replantearan los esquemas de desarrollo en la Cuenca del Pacífico considerando: 1) una perspectiva macroscópica y de largo plazo; 2) formas de cooperación no exclusivistas, sino abiertas, y 3) proyectos de cooperación que no contradigan el espíritu de la Carta de Naciones Unidas.

Así pues, la delegación mexicana a la Conferencia de la CCEP en Osaka optó por mantener su estatus de observadora hasta que las condiciones para solicitar el ingreso como miembro de pleno derecho no fuesen más claras. México, no obstante, ha procurado participar activamente en los diversos grupos de trabajo que constituyen el órgano operacional de la CCEP. Aunque no es muy claro el panorama a corto plazo, se considera que resulta benéfico no alejarse de la Conferencia en virtud de que sigue siendo el órgano donde se discute con mayor factibilidad el avance hacia horizontes de ordenamiento político-económico más providenciales.

De manera que la negativa expresada por el presidente Salinas de Gortari en el sentido de no comprometer el ingreso de México en bloques económicos, debe interpretarse como un rechazo al ordenamiento mundial en unidades disgregadas. México considera que tiene posibilidades de encauzar su participación en el desarrollo mundial de manera multidireccional, no unidireccional. La Cuenca del Pacífico es sólo una de las fronteras que se circunscriben a México y quizá es la que menos hemos orientado en beneficio de la nación.

A través de la Comisión Mexicana para la Cuenca del Pacífico se ha abierto un espacio de debate y análisis imprescindible para comprender e integrar más a México con la Cuenca del Pacífico. La componen representantes de los sectores académico, público y privado, y su propósito fundamental consiste en examinar el desarrollo de eventos en el Pacífico para incorporar gradualmente al país en los proyectos de cooperación que se conciben en la región, tales como los intercambios de tecnología avanzada, los flujos de capital y de recursos humanos, la racionalización de energéticos, y el desarrollo de sistemas de telecomunicación entre otros.

La actuación de México en el Pacífico contempla, en suma, una perspectiva integral y de

largo plazo que busca incrementar la presencia de nuestra nación en un escenario que ya el célebre historiador Lucas Alamán consideraba como perentorio para el desarrollo de México. Urge, por lo tanto, fincar una mayor presencia de México y lo mexicano en los países del margen asiático del Pacífico. A este respecto, la Secretaría de Relaciones Exteriores ya ha comenzado a abrir brecha con el reforzamiento de las embajadas en Tokio, Seúl, Beijing y Sidney, el robustecimiento de las facultades del Consulado General de Hong Kong, y la apertura de una embajada en Bangkok y de un consulado en Singapur.

Por otra parte, la participación mexicana en los foros especializados del Pacífico es ya frecuente y ha aumentado el número de estudian-

tes mexicanos que buscan enriquecer sus conocimientos en las instituciones educativas de los países asiáticos. Las inversiones japonesas, coreanas y taiwanesas en México se han multiplicado en los últimos años y el comercio con Oriente va en ascenso. Hay sin duda un convencimiento pleno de la importancia que representa el Pacífico para México; se refleja en la multiplicación de restaurantes que ofrecen exquisiteces orientales, y en la popularidad de personajes y programas televisivos producidos en países de la Cuenca del Pacífico. Falta, no obstante, demostrar que México es importante para las interdependencias en el Pacífico. Esta es una labor que requiere de combinar paciencia con urgencia.